

CIUDADES

Volúmen 7

Arturo Almandoz
Editor

Caracas, de la metrópoli súbita a la meca roja



OLACCHI

Organización Latinoamericana
y del Caribe de Centros Históricos

Editor general
Fernando Carrión

Coordinador editorial
Jaime Erazo Espinosa

Comité editorial
Fernando Carrión
Michael Cohen
Pedro Pérez
Alfredo Rodríguez
Manuel Dammert G.

Diseño y diagramación
Antonio Mena

Edición de estilo:
Alejo Romano
Ana Aulestia

Impresión
V&M Gráficas

ISBN: 978-9978-370-29-2
© OLACCHI
El Quinde N45-72 y De Las Golondrinas
Tel.: (593-2) 2462 739
olacchi@olacchi.org
www.olacchi.org
Quito, Ecuador
Primera edición: diciembre de 2012

Contenido

Presentación	7
Introducción	
Caracas, entre la ciudad guzmancista y la metrópoli revolucionaria	9
<i>Arturo Almandoz</i>	
I. Desarrollismo, metropolitanización y modernidad	
Modernidades alternas del urbanismo caraqueño: Territorio, arquitectura y espacio urbano	29
<i>Lorenzo González Casas</i>	
Caracas, modernidad y escala urbana: Una aproximación interdisciplinaria	73
<i>Nancy Dembo, José Rosas e Iván González V.</i>	
Modernidad urbanística y Nuevo Ideal Nacional	95
<i>Arturo Almandoz</i>	
II. De la Venezuela saudita al Caracazo	
Desarrollo urbano y vivienda: La desordenada evolución hacia un país de metrópolis ...	105
<i>Víctor Fossi Belloso</i>	

Del sistema de ciudades venezolano	127
<i>Marco Negrón</i>	
Caracas: De la Colonia al socialismo del siglo XXI. Espacio, clase social y movimientos ciudadanos	155
<i>María Pilar García-Guadilla</i>	
III. Hacia la Caracas roja	
Espacio y dinámica de la ciudad violenta	199
<i>Silverio González Téllez</i>	
Caracas: Su sistema de transporte y movilidad	213
<i>Josefina Mundó Tejada</i>	
El crecimiento urbano y la pérdida de los valores ambientales	235
<i>Rosa María Chacón</i>	
La cultura constructiva informal y la transformación de los barrios caraqueños	263
<i>Iris Rosas Meza</i>	
Espacio, revolución y resistencia: Lugares ordinarios y eventos extraordinarios en Caracas	285
<i>Clara Irazábal y John Foley</i>	

III. Hacia la Caracas roja

Espacio y dinámica de la ciudad violenta¹

Silverio González Téllez*

La modernización de tres décadas (1960-80), enmarcada en la democracia institucional del pacto de Puntofijo y financiada por petrodólares, había hecho de Venezuela un país de metrópolis. Casi el 90% de la población ya era urbana, frente a un 10% a comienzos del siglo XX; una significativa transformación estructural de carácter irreversible (Fossi, 1984; Negrón, 1995). En Caracas, torres de concreto, acero y cristal albergaban las actividades financieras y los centros comerciales de lujo, servidos por redes de autopistas por las que se desplazaban lentamente, por efecto de las colas, automóviles de las mejores y últimas marcas mundiales al lado de Fords de los años cincuenta y camiones de carga larga. En las urbanizaciones ya no se construían quintas, sino altos edificios residenciales de clase media que aparecieron en valles y colinas de las zonas caras. Al lado, en la quebrada, en el cerro, en Catia y en Petare, competían los barrios de ranchos por el espacio. Ya tampoco abundaban ranchos de materiales de desecho, sino casas de barrio de columnas grises y ladrillos rojos que comenzaron a crecer vertical u horizontalmente, en más metros cuadrados de construcción de pisos, cuartos y techos, de acuerdo con las posibilidades del abigarramiento orgánico de las construcciones en los barrios de ranchos². La

1 El presente texto es una versión revisada de González Téllez (2005: 107-116).

* Es profesor titular de la Universidad Simón Bolívar (USB), Caracas. Direcciones electrónicas: sgonza@usb.ve y silverio.gonzalez@gmail.com.

2 Teolinda Bolívar (1995: 110) señala que el 90% de los barrios de Caracas se asientan en 10% de la superficie citadina, y en ellos habita el 41% del total de la población de la ciudad. La densidad en los barrios de ranchos llega hasta 5 730 habitantes por kilómetro cuadrado, de acuerdo con Villanueva (1995).

masificación era parte del paisaje de piedra, hierro y ruido y las redes de servicios llegaban a casi toda la ciudad, pero el crecimiento de esta ya no era igual.

El Área Metropolitana de Caracas (AMC) había pasado de un crecimiento interanual de 5% en la década de 1960 a uno de 1,67% en los años noventa (Negrón, 1995: 129). Su participación en la población total del país transcurrió del 20,1% al 14,8%, con una tendencia a descender al 12,5% en el 2010. Clasificada en el *ranking* octavo entre las veinte metrópolis latinoamericanas más pobladas en 1970, pasó al puesto undécimo en los noventa. Si bien su densidad de 41 habitantes por hectárea en el año 2000³ era alta comparada con la de Roma (14,6 hab./ha) o Washington (14,3 hab./ha), no lo era tanto en comparación a otras capitales latinoamericanas como México, Lima, Santiago o Bogotá, que registran una densidad que circunda los 100 habitantes por hectárea (Negrón, 1995: 130; Barrios, 1997: 19). Caracas se había detenido, tanto que algunas voces comenzaron a hablar de estancamiento, subconstrucción o subdensificación (Barrios, 1997). Claro está, ya era difícil hablar de un solo asentamiento cuando se nombraba a Caracas, puesto que todos los límites del viejo valle habían sido saltados y a los cinco municipios de la metrópoli central había que agregar el Litoral Vargas, Guatire-Guarenas, los Altos Mirandinos con San Antonio, Los Teques y la Panamericana, el Tuy Medio y Barlovento. Estas conurbaciones formaban parte de la interacción ciudadina y manifestaban un crecimiento mayor que el valle central, de entre 3% a 4% anual. Sin embargo, tomada en su conjunto, toda esa Región Capital de 9 880 km², con una densidad de 5 hab./ha, tenía un crecimiento, para finales de la década de 1990, de 2,3% anual, y se encontraba por debajo de la tasa de crecimiento demográfico nacional (Barrios, 1997).

3 La densidad del valle de Caracas se establece de acuerdo a la relación entre sus 3 323 000 habitantes del año 2000 y su superficie de 777 km², lo que resulta en 4 148 hab./km². Si se agregan los municipios y las parroquias del área censal (Carrizal, Los Salias, la parroquia Cecilio Acosta y la parroquia El Junko) o de la región metropolitana, resulta una densidad más baja. Pero si de los 777 km² se restan los parques Ávila, Macarao y el Área Protectora de Caracas, entonces la densidad casi se triplica en el valle de Caracas, según cifras manejadas por las autoridades metropolitanas en 2010.

Mientras tanto, la institucionalización democrática, que en las primeras décadas fue una vigorosa empresa cívica de amplio radio modernizador, dio signos de claro agotamiento. Los partidos del pacto, recelosos de una nueva intervención militar, habían copado los espacios de la sociedad civil, y pretendían el control y la organización de las más importantes expresiones populares para garantizar la perdurabilidad de un mínimo satisfactorio de democracia y no de la democracia en sí. Poco a poco, los espacios cívicos del pacto político “puntofijista” se quedaron sin ciudadanos y fueron sustituidos por los partidos⁴, lo que generó “un despotismo igualitario” acompañado de un “redistribucionismo social” (Pérez Schael, 1998; Romero, 2000).

Pero la renta petrolera como fuente de financiamiento del populismo comenzó a manifestar una caída desde 1981, tanto por el efecto de los pagos de la deuda como por la reducción de los precios, el incremento de la población y el aumento de los costos de la explotación petrolera. Se había alcanzado el punto máximo de la renta petrolera y era posible prever su deterioro como fuente del capitalismo rentista, al punto de que se comenzó a hablar de la Venezuela posrentista (España, 1989; Baptista y Mommer, 1987).

Tal fue el contexto de emergencia previsible que desde el Estado se formuló un proyecto de reforma y de ampliación democrática, consistente en llevar la democracia y la ciudadanía a todas las instituciones oficiales importantes. Era evidente que el viejo pacto había fracasado y que se requería reformular los términos de la democracia⁵. Las políticas de esa Comisión Presidencial para la Reforma del Estado (Copro) fueron, entre las más importantes, la descentralización de las funciones públicas, la democratización de los partidos y la depuración del poder judicial. Sin embargo, cuando el presidente Lusinchi (1984-1989) se dio

4 Acción Democrática (AD) fue organizado como partido leninista, controlado desde arriba, por Rómulo Betancourt, quien parecía temer el caos y los desmanes que llevarían de nuevo al país al terreno militar. Véase Caballero (2000).

5 Durante la presidencia de Jaime Lusinchi (1984-1989) ya no se respeta una de las principales disposiciones del pacto de Puntofijo, la de compartir el poder con los partidos de aquel.

cuenta de que le estaban proponiendo dejar una importante cuota de poder, sencillamente congeló el trabajo que él había encargado (Carrera Damas, 2000); era la prueba definitiva de que los partidos y su “casta política”⁶ en el gobierno serían incapaces de reformarse ellos mismos. Las instituciones se habían convertido en grandes cascarones de remoto prestigio que solo servían para mantener clientelas y adelantar mínimas rutinas administrativas. Sus consignas resultaron palabras sin sentido.

Cuando Carlos Andrés Pérez (1989-1993) fue reelecto presidente sobre la ilusión popular de un renovado reparto rentista y anunció un país quebrado y con requerimientos de terapia de choque, la sorpresa es mayúscula. Del desencanto se pasó a la rabia; la expresión popular en la calle no demoró, a través del denominado “sacudón” o “Caracazo” del 27 de febrero de 1989. Un aumento mayor del autorizado en los pasajes del transporte público en la capital, que los transportistas querían cobrar justificándose con el reciente aumento de la gasolina, fue la chispa que inició la llamarada callejera. Desde Guarenas, muy temprano en la mañana, al momento de tomar el transporte y al percatarse la población de los cambios de tarifas, se iniciaron los actos espontáneos de calle, que culminaron con la destrucción de “todos los establecimientos comerciales, módulos policiales y el terminal de transporte de esa ciudad” (López Maya, 2000: 99). Mientras tanto, la llama del pueblo, que bajaba de los cerros y de las torres residenciales, se extendió por toda la ciudad, e hizo arder vehículos, obstaculizó las vías y saqueó los comercios, en una jornada cuya característica más particular era su espíritu festivo. Fue el día de la risa, como dijo algún participante. Los motorizados, en tanto, jugaron el particular rol de esparcir noticias, gente y nuevas protestas a lo largo de la ciudad. Las fuerzas del Estado estuvieron el primer día sin orden de actuar, para ir arreciando su actuación en los días sucesivos, cuando ya la gente no quería salir de la calle. El resultado final fue una amplia represión militar y policial que dejó un saldo de 396 muertos registrados y centenares de millones de dólares en pérdidas: “La relación entre la multitud y la autoridad que caracterizó los sucesos [...] hirió profundamente la democracia venezolana” (López Maya, 2000: 101). La

poca confianza en la ley y el orden se terminó de desmoronar; la violencia, como “una expresión límite del conflicto social” (Sanjuán, 2000: 87), se convirtió en el lenguaje cotidiano de las ciudades y también en los actos más frecuentes para expresar el descontento por las cosas, desde las más comunes, como la falta de agua, hasta cuestiones más graves, como la injusta muerte de un vecino, compañero o familiar. El sistema político se volatilizó y cualquier cambio brusco fue posible⁷.

Fue el reinicio de la “política de la calle”, según la cual las multitudes la tomaron de nuevo para interpelar extrainstitucionalmente a las autoridades; estas expresiones no se veían en Caracas con tal intensidad desde los sesenta. Las autoridades y los políticos experimentados y sensibles sabrían que la política ya no se decidía desde el cogollo y en las cúpulas de las instituciones, sino en diálogo con la calle y su efervescencia. Así fue como Rafael Caldera se hizo reelegir, ya que fue el único político que, con una estrategia antipartidos, se hizo eco de la calle y se solidarizó con ella en los días sucesivos al sacudón.

En los años posteriores al sacudón hasta septiembre de 1994, Provea (institución no gubernamental encargada de la defensa de derechos humanos) reportó 4 237 protestas populares en todo el país, que involucraron marchas, cierres de calles, tomas de establecimientos, saqueos, disturbios, huelgas de hambre y paros cívicos, indicadores de la efervescencia del momento (en López Maya, 1999: 222). Más grave aún, los militares y sus armas volvieron a la escena política de la ciudad, que habían dejado hacía tres décadas; un grupo de ellos intentó tomar el poder dos veces en el mismo año de 1992. Para una generación que nunca había visto choques armados de carácter político, fue significativo contemplar tanques irrumpiendo en el Palacio Presidencial o aviones bombardeando las instalaciones militares en plena ciudad de Caracas. Los golpes fracasaron, pero la agitación de la calle se tradujo finalmente en forma civil y legal y el presidente Pérez fue destituido.

7 Una de ellas fue la rápida aceptación por parte del gobierno y de la casta política de la elección popular de gobernadores y alcaldes, en 1989, lo que mostró una forzada flexibilización que, en efecto, permitió un acercamiento de las nuevas autoridades locales a sus electores y un aire de renovación y actuaciones exitosas en varias ciudades.

En el siguiente período presidencial de Caldera (1994-1999), los hechos de protestas se redujeron a menos de dos mil. Esta contracción numérica no se debe interpretar como una disminución en la disposición a salir a la calle para protestar, puesto que esta se mantenía y hasta aumentaba⁸; ello parece establecer un punto común en toda aquella expresión no organizada, fragmentada, puntual, en la cual “cada sector protestaba por lo suyo”, pero, a fin de cuentas, con una racionalidad política. “Solo paralizando alguna actividad o saliendo a la calle se pueden lograr reivindicaciones, obligar al Estado a negociar o a responder, expresar la propia posición y/o llamar la atención de la opinión pública”; es decir, se obtenía atención (Salamanca, 1999: 248, 246).

Al mismo tiempo, las ciudades de los noventa, particularmente las metrópolis, fueron escenario de un inusitado aumento de la violencia criminal en todas sus expresiones, y en particular a través de la horrible faceta del homicidio con armas de fuego. La ciudad de Caracas había experimentado un crecimiento del número de homicidios en un 500% entre 1989 y 1999, y el 92% de estos homicidios había ocurrido como consecuencia de una herida producida por armas de fuego (Briceño León, 1997: 22). Era una epidemia que ubicaba la mortalidad promedio por homicidio de Caracas, en los jóvenes entre 15 y 29 años, en 222 por 100 000 habitantes, y constituía la primera causa de muerte de hombres jóvenes entre 15 y 40 años en toda Venezuela (Sanjuán, 2000: 88); esto, sin abundar en la cantidad de aquellos que no mueren pero quedan lesionados o discapacitados después de haber sufrido la violencia, que se ha calculado para Caracas entre 158 a 267 por cada 100 000 habitantes (Briceño León, 1997: 7).

El sacudón de 1989 había roto muchos diques morales e institucionales, a lo que contribuyó la crisis económica: saltos inflacionarios y del valor del dólar, que depreció como nunca antes la moneda nacional y los ingresos, así como la quiebra de la mitad del sistema bancario y la pérdida de muchos ahorros. La crisis de expectativas de ascenso y la

8 En 1995, 58% de los venezolanos, de acuerdo a la encuesta de Mercanálisis, se manifestaron dispuestos a protestar en la calle (*El Universal*, Caracas, 8 de julio de 1995, citado por Salamanca, 1999: 245).

desintegración social eran gigantes. La supervivencia comenzó a ser la única preocupación en el arrasamiento generalizado de esperanzas y confianzas que se gestó en esos días.

El consumo y la venta de las drogas ilegales, con su carga delictiva, fue refugio de contingentes de desempleados y de sin futuro. En ese sentido, Ana María Sanjuán encontró que la “crisis de legitimidad que confrontaba el Estado venezolano había erosionado también su facultad de mantener el monopolio legal de la violencia y el uso de sus instrumentos de coerción, ocasionando un incremento exponencial de la criminalidad y violencia urbanas en las principales ciudades del país” (2000: 84).

A lo malo le seguía lo peor: la angustia y el miedo que se instalaban en las relaciones de los ciudadanos. La metrópoli era una escena del apocalipsis: una versión de la “ciudad negativa” asociada a la desintegración social, al conflicto violento, a la decadencia. Ser ciudadano —es decir, tener derechos y deberes como un miembro pleno de una sociedad de iguales en que lo único superior es la ley— pasó a ser un privilegio de pocos. La vivencia mayoritaria y cotidiana de la desigualdad, la injusticia y la inseguridad hacía desaparecer cualquier vestigio de ciudadanía, y ¿en qué se convertía una democracia sin ciudadanos y sin Estado de derecho? Susana Rotker lo respondió con otra pregunta: “¿Qué queda más que un grupo de gente compartiendo un mismo espacio geográfico, desconfiando la una de la otra y a la espera de su hora de revancha o de su hora de autodefensa?” (Rotker: 2000: 220). Porque la realidad de la impunidad de los delitos estaba allí para demostrar cómo en los sectores mayoritarios, sin recursos económicos, la violencia no tenía freno. En efecto, en la última década había permanecido sin sentencia un 95% del total de los delitos en Venezuela (Sanjuán, 2000: 89). Esto mostraba una falta de justicia institucional que hizo surgir con fuerza los ajusticiamientos colectivos extrainstitucionales sin fórmula de juicio, tanto por pobladas de los barrios como por organismos parapoliciales estimulados por temerosos comerciantes y empresarios.

Cuando las mayorías no tienen derecho a tener derechos, entonces la democracia deviene una pantomima, y su capacidad de cohesionar la sociedad es bastante nula. La convivencia cotidiana era mantenida por

un frágil equilibrio de precaución, buenas intenciones mayoritarias y arreglos sin mediación de leyes ni autoridades. Pero bastaba un conflicto importante para volver a encontrarse sin forma de resolución justa. Se instaló la desconfianza en el otro⁹; los que tenían algo consideraban al que menos tenía como un potencial ladrón. Se criminalizó la pobreza, se hicieron rutina el hurto y el robo al que más tenía, con lo cual comenzó un encerramiento en las casas de todo el que tenía algo que perder en la calle, comenzando por la posibilidad de perder la vida.

Desde la perspectiva de los pobres de la ciudad, la posesión de objetos se definió como criterio de justicia (Rotker, 2000); por eso, se podía morir o matar por un par de zapatos Nike. Sin embargo, no era la pobreza el motivo de la violencia, puesto que las grandes ciudades, comenzando por Caracas, son las que menos proporción de pobres tienen: 21% de los hogares del AMC son pobres, mientras que en los asentamientos por debajo de 25 mil habitantes aumentan al 63%. De hecho, las ciudades venezolanas mostraban en esa década de los 90 importantes logros que permitían establecer una asociación significativa entre no ser pobre y vivir en metrópolis (PNUD-OCEI, 2001). Pero fue en las grandes ciudades donde las expectativas de ascenso se vieron más frustradas, particularmente para las generaciones jóvenes de los sectores medios y populares. No obstante habitar en casas con suficientes cuartos y servicios sanitarios, contar con ingresos para la alimentación y tener una educación básica, el hecho de que las perspectivas futuras de la gente joven estuviesen cerradas era un aliciente de la violencia social (Briceño León, 1997).

9 Nos referimos al otro en la calle, al otro institucional o autoridad. En una encuesta auspiciada por el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), se encontró que un 85% de los caraqueños reveló tener poca o ninguna confianza en el sistema de justicia, mientras que un 95% dijo que la justicia favorecía a los ricos y, además, un 50% estaba en favor de buscar la justicia por sus propias manos (en Sanjuán, 2000: 90). El Latinobarómetro, encuesta de opinión pública de mayo del 2001, encontró que solo un 17% de los venezolanos señalaba que se podía confiar en la mayoría de la gente, y que el 81% pensaba que nunca eran suficientes las precauciones que había que tomar frente a los demás (en Torres, 2001). El Estudio Mundial de Valores encontró, para el año 1996, que un 86% de los venezolanos decía que no se podía confiar en la gente (Welsch, 1997).

La violencia y sus víctimas se convirtieron en el tema de conversación de cualquier reunión, en la cual cada quien adoptaba el papel de irremediable víctima sufrida como un destino, una fatalidad o una lotería esta vez trágica, o más bien “melodramática”. Allí se cuentan las anécdotas de la violencia que “desarman, inhiben, aterran, dan lugar a mínimos brotes de resistencia y a fin de cuentas anulan la voluntad cívica” (Monsiváis, 2000: 232). Es la idea que anda en el aire de fin de mundo, de que ya está todo decidido, determinado, no hay nada que hacer, solo queda protegerse, esperar que no le pase a uno todavía; se trata de una “ideología del no otro” o de la negación del otro, y “el cambio de la sociedad se ha dado en que uno solo se siente confiado en su miedo, no en su valor”. Es la desaparición de la relación ciudadana, de la autonomía y del libre albedrío de los individuos, incluso como ideal. La violencia melodramática apareció como la realidad plena, particularmente reflejada en la televisión y en el cine; en ella se exacerbaban la fatalidad y las acciones extremas (Monsiváis, 2000: 233-234).

La no violencia hacia el otro, como principio de la civilización democrática, quedó descartada por las “prácticas de inseguridad” regidas por el miedo, las cuales conllevaron nuevos horarios, diferentes recorridos, variados procedimientos y predisposiciones violentas que redefinieron las relaciones con el prójimo en el espacio, con las autoridades. Se solicitaba mano dura, represión, pena de muerte; no se querían reconocer los derechos humanos de los criminales, ya que parecían “mejor” tratados por la ley que los modestos y aterrorizados ciudadanos. La reja, la alarma, la alcabala, el vigilante, el arma debajo de la almohada, el caminar por la calle mirando a nuestras espaldas, los tiros por la noche, el balance de muertos del fin de semana, el último modus operandi de los delincuentes, etc., han conformado una nueva urbanidad (García Sánchez, 2000), e inclusive con su respectivo manual de lecciones de cómo mejor desconfiar del otro en tanto posible atacante¹⁰.

La violencia ocupó nuestra identidad y nos autoexcluía. No había cuento, anécdota, narración de los venezolanos sobre ellos mismos

10 Nos referimos a Marco Tarre Briceño, autor de una columna en el diario *El Nacional* (Caracas), “No sea Ud. la próxima víctima”, y de varios manuales de seguridad elaborados por él. Véase Rotker (2000).

y su cotidianidad que no fuese negativa: “Venezuela es un desastre”, “La gente es floja, maleducada, ladrona, viva...”. Esa afirmación por lo general no refiere a uno, al hablante, sino al otro, a los otros. No nos admitimos como colectivo. Culpamos al otro de las faltas, y esas faltas nos justificaban de cometer las propias. Es “un país sin nosotros” (Pérez Oramas, 2001). Nosotros no somos los otros, pero sin los otros no hay nosotros. Una ciudad que no admite su lugar —porque el anhelo de ser otra “disimula apenas la detestación de los lugares propios, nuestro secular tabú del lugar” (Pérez Oramas, 2001)— es una ciudad cuya in-comunicación con la realidad de su lugar, con el otro, con el nosotros, llega de nuevo a un punto de destrucción.

En las elecciones presidenciales de 1998, las masas populares urbanas tradujeron la angustia y el miedo en una mezcla de venganza y esperanza que encarnó el militar retirado Hugo Chávez, quien había adquirido su fama en el fallido golpe de Estado al presidente Carlos Andrés Pérez. A pesar del clima autoritario de la ciudad violenta, las instituciones electorales canalizaron democráticamente el espíritu revanchista contra los beneficiarios del reparto rentista del “puntofijismo” y contra la delincuencia y la corrupción, lo cual se tradujo en resonantes triunfos electorales de la solitaria figura carismática de Chávez, sin acompañamiento de un esfuerzo partidista u organizativo significativo¹¹. El cambio político efectuado, al barrer con partidos y casta política, era comparable a las revoluciones del pasado, pero esta vez se había llevado a cabo por medio de elecciones libres, sin batallas armadas ni golpes de Estado. También, por primera vez en Venezuela, un candidato apoyado por fuerzas de izquierda ganaba la presidencia; pero, aún más significativamente, el país había dividido marcadamente sus preferencias electorales según las clases sociales, como nunca antes había sucedido en la historia electoral venezolana. Con la elección de Chávez, “el estudio de

11 El liderazgo de Chávez no contaba con un partido y un colectivo de dirigentes como AD para el momento de la revolución de octubre de 1945, ni tampoco con el apoyo incondicional de las Fuerzas Armadas, como en las dictaduras. Era un hombre solo con su carisma a quien habían puesto en la presidencia las masas, apoyadas por un polo de agrupaciones recientemente formado para la ocasión. Todo ello indicaba bien el momento irruptor de la ciudad violenta.

las actas electorales permite detectar una muy clara relación entre voto y clase social” (Bunimov Parra, 2000: 155). Es decir, las masas populares apoyaron una opción contraria a la de clases medias y élites, y, además, ganaron. Un espacio institucional volvía a crear una esperanza de las masas contra la violencia y la incredulidad generalizada. Queda aún de parte de ese pueblo confirmar o no la atribuida “voluntad popular a prueba de autoritarismos” (López Maya, 2000: 103).

Seis años después del triunfo electoral de 1998, Chávez se consolida en el poder de manera hegemónica y la tendencia revolucionaria, confrontacional y excluyente de sus adversarios se acentúa. Una democracia monocromática, con énfasis autoritario, se abre camino. No obstante, cuando aparecen oportunidades, las grandes ciudades se expresan en contra del orden del palacio de Miraflores, como ya había ocurrido en Caracas en los años iniciales de la democracia y como volvió a ocurrir en el referendo revocatorio de agosto del 2004, cuando, con cifras oficiales del gobierno, Caracas votó en contra de la revolución, lo cual sigue expresando la volatilidad constructiva de la convivencia en Venezuela.

Bibliografía

- Baptista, Asdrúbal y Bernard Mommer (1987). *El petróleo en el pensamiento económico venezolano*. Caracas: Instituto de Estudios Superiores de Administración.
- Barrios, Sonia (1997). *Caracas metropolitana, dinámica urbana: 1941-2010*. Papel de trabajo PECM-001-97. Caracas: Secretaría Ejecutiva del Plan Estratégico de Caracas Metropolitana (mimeo).
- Bolívar, Teolinda (1995). “Densificación y tipología de agrupaciones en los barrios caraqueños”. En *Caracas. Memorias para el futuro*, Giuseppe Imbesi y Elisenda Vila (eds.): 103-118. Roma: Gangemi.
- Briceño León, Roberto (1997). “La violencia en América Latina, salud pública y cambio social”. Ponencia presentada en el IV Congreso Latinoamericano de Ciencias Sociales y Medicina, en México.

- Bunimov Parra, Boris (2000). "Los votos y sus cuentas". En *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios. Tomo III*, Asdrúbal Baptista (ed.): 133-168. Caracas: Fundación Polar.
- Caballero, Manuel (2000). "El siglo XX venezolano conversado con Manuel Caballero". En *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios. Tomo III*, Asdrúbal Baptista (ed.): 453-480. Caracas: Fundación Polar.
- Carrera Damas, Germán (2000). "El siglo XX venezolano conversado con Germán Carrera Damas". En *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios. Tomo I*, Asdrúbal Baptista (ed.): 459-488. Caracas: Fundación Polar.
- España, Luis Pedro (1989). *Democracia y renta petrolera*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Fossi, Víctor (1984). "Desarrollo urbano y vivienda: La desordenada evolución hacia un país de metrópolis". En *El caso Venezuela: Una ilusión de armonía*, Moisés Naím y Ramón Piñango (eds.): 473-498. Caracas: Instituto de Estudios Superiores de Administración.
- García Sánchez, Pedro (2000). "Construction et conflits d'urbanité dans les espaces publics à Caracas". En *Villes et Territoires N.º 14. L'Urbanité dans les Amériques*, G. Capron y J. Monnet (eds.): 169-186. Toulouse: Presses Universitaires de l'Université de Toulouse-Le Mirail.
- González Téllez, Silverio (2005). *La ciudad venezolana. Una interpretación de su espacio y sentido en la convivencia nacional*. Caracas: Fundación para la Cultura Urbana.
- López Maya, Margarita (ed.) (1999). *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: Protesta popular en América Latina en los años de ajuste*. Caracas: Nueva Sociedad/Universidad Central de Venezuela/Centro de Estudios del Desarrollo.
- López Maya, Margarita (2000). "¡Se rompieron las fuentes! La política está en la calle". En *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios. Tomo III*, Asdrúbal Baptista (ed.): 75-106. Caracas: Fundación Polar.
- Marta Sosa, Joaquín (1994). *Patios cerrados/puertas abiertas. Cambios, democracia y partidos en Venezuela, 1988/1993*. Caracas: Monte Ávila.
- Monsiváis, Carlos (2000). *Aires de familia*. Barcelona: Anagrama.

- Negrón, Marco (1995). "El crecimiento metropolitano vergonzante: La expansión en la segunda mitad del siglo XX". En *Caracas. Memorias para el futuro*, Giuseppe Imbesi y Elisenda Vila (eds.): 119-133. Roma: Gangemi.
- Pérez Oramas, Luis (2001). "El país sin nosotros". *El Universal*, Caracas, agosto 25.
- Pérez Schael, María Sol (1998). *El excremento del diablo*. Caracas: Alfadil.
- PNUD-OCEI (2001). *Informe sobre el desarrollo humano en Venezuela*. Caracas: CDB Publicaciones.
- Romero, Aníbal (2000). "Pesimismo que alimentan". En *Venezuela siglo XX. Visiones y testimonios. Tomo III*, Asdrúbal Baptista (ed.): 107-132. Caracas: Fundación Polar.
- Rotker, Susana (ed.) (2000). *Ciudadanías del miedo*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Salamanca, Luis (1999). "Protestas venezolanas en el segundo gobierno de Rafael Caldera: 1994-1997". En *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: Protesta popular en América Latina en los años de ajuste*, Margarita López Maya (ed.): 236-264. Caracas: Nueva Sociedad/Universidad Central de Venezuela/Centro de Estudios del Desarrollo.
- Sanjuán, Ana María (2000). "Democracia, ciudadanía y violencia en Venezuela". En *Ciudadanías del miedo*, Susana Rotker (ed.): 81-93. Caracas: Nueva Sociedad.
- Torres, Gerver (2001). "¡Ojo, pelao!". *El Universal*, Caracas, agosto 25.
- Villanueva, Federico (1995). "Apuntes para la historia de la urbanización de la ciudad". En *Caracas. Memorias para el futuro*, Giuseppe Imbesi y Elisenda Vila (eds.): 55-76. Roma: Gangemi.
- Welsch, Federico (1997). "Venezuela según el Estudio Mundial de Valores". *Puntal*, N.º 9, Año 4: 6-9.